

Soy profesor del Instituto de Humanidades de esta universidad, y como organizador de esta Conferencia Internacional “A 100 años de la Revolución Bolchevique. La experiencia de los ‘socialismos reales’ y los dilemas del mundo contemporáneo”, me corresponde decir algunas palabras.

En primer lugar, para agradecer la entusiasta recepción de esta idea por parte de la rectoría de esta universidad cuando, hace ya más de un año, la propuse al Rector de esta Universidad Profesor Carlos Peña, y que se ha traducido en un amplio apoyo institucional. Agradezco también el valioso aporte del Cristóbal Marín, Vicerrector Académico, que hizo realidad este apoyo. También agradezco a Manuel Vicuña, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales e Historia, por su apoyo también inmediato, y al Prof. Santiago Aránguiz, co-organizador del evento por parte de esa Facultad. Muy particularmente, mis agradecimientos a Constanza Brieva, Directora de Extensión, y a su colaboradora Paulina Toro, quienes han sido capaces de ir resolviendo, una a una, las innumerables dificultades que siempre presenta la organización de un evento de esta envergadura.

Todos estos aportes tienen, por cierto, una componente muy importante de compromiso y esfuerzo individual. Pero son, a la vez, el resultado del compromiso institucional de la Universidad Diego Portales, que se traduce en iniciativas que, desde distintas disciplinas y perspectivas, ponen a trabajar el pensamiento en función de comprender, y dar a comprender, la realidad contemporánea. En el caso de esta Conferencia, se trata de la indagación en torno a la herencia de la Revolución Bolchevique, tanto por la relevancia que por sí misma tiene para la conciencia histórica, como por su significación a la hora entender nuestro tiempo, sus perspectivas y desafíos.

Durante gran parte de siglo XX la Revolución Bolchevique se presentó como el evento que había partido la historia en dos: un antes y un después de los legendarios ‘diez días que conmovieron al mundo’. Al ‘socialismo real’ se le dedicaban himnos y odas; hoy en cambio, ya nadie le canta; se lo tiende a ver como una grotesca deformación de ideas puras y humanitarias, y a lo más despierta una nostalgia a la moda. Mientras tanto, el desarrollo tecnológico que el capitalismo ha sido capaz de propiciar ha hecho posible la

expansión e intensificación de su lógica, que ahora alcanza prácticamente a todo el planeta y penetra en la intimidad de cada individuo. Las crisis que periódicamente experimenta este sistema global hacen surgir, por cierto, movimientos contestatarios y búsqueda de alternativas: la ‘idea comunista’ parece resurgir. No obstante, ¿puede tal resurgimiento ser efectivo –evitar ser algo más que una provocación, que finalmente los medios masivos acogen con avidez– si se omite una reflexión profunda en torno a la experiencia de un comunismo que, durante décadas, se atrevió a enfrentar la prueba de la realidad?

Estas, y otras muchas preguntas, serán la materia de la reflexión y el debate en los días que vienen. En el intertanto, quiero terminar estas palabras con una reflexión

Pertenezco a una generación para la cual la enorme presencia de la Unión Soviética era imposible de soslayar. A unos, por cierto, esa presencia nos gustaba más que a otros. A mí, y estoy pensando en mi infancia y adolescencia en el Chile de fines de los años 1950 y de la década de 1960, me gustaba, y mucho. Mi abuelo, Aaron Sabrovsky, era un judío ruso que había emigrado huyendo de los horrores del Imperio de los Zares. Yo crecí escuchando esas historias; conocí muy prematuramente el significado de la palabra “pogrom” (פּוֹגְרוֹם, “daño”); recuerdo también, particularmente en torno a estas mismas fechas, su admiración por esa revolución en la que, decía, habría querido participar. Por cierto, por entonces ignorábamos, o no queríamos dar crédito a ciertas noticias inquietantes. Más bien, con la mirada ávida –estamos en 1957– desde el patio de una casa de Ñuñoa mi familia y yo buscábamos en el cielo la parpadeante luz del primer satélite artificial, ese Sputnik soviético que cada 90 minutos recorría el por entonces claro y estrellado cielo de la ciudad de Santiago.

En ese objeto en órbita se condensaba, para nosotros, así he llegado a entenderlo, la promesa maravillosa del comunismo: del progreso tecno-científico entendido, no cómo un fin en sí mismo, sino como la empresa del “aligeramiento de la substancia humana, vaciándose de sus pesanteces nocturnas” –son las palabras, que conocí mucho más tarde, del filósofo Emmanuel Lévinas escritas por esos años, con ocasión de otra hazaña espacial soviética, la del primer astronauta Yuri Gagarin. Y no era indiferente, tampoco, que se trataba de mirar el cielo estrellado sobre nuestras cabezas: una experiencia de

plenitud, de elevación, y disponible para todos, sin excepción: una experiencia comunista entonces, quizás LA experiencia comunista, en la que cual toda idea comunista tendría su origen y fundamento.

Años después, ya como un joven adulto, y como tantos opositores a la dictadura, escuché con esperanza, y con sigilo, las transmisiones de Radio Moscú, ese cotidiano “¡Escucha, Chile!”. Pero esa es otra historia, menos feliz. Prefiero evocar, hoy, aquí, antes este centenario de la Revolución Bolchevique, esos momentos, comunistas y felices, de mi infancia.

Muchas gracias.